

SERMÓN

SOBRE EL MISMO ASUNTO, PREDICADO EN LA MISMA IGLESIA CON MOTIVO
DE IGUAL SOLEMNIDAD, EL DÍA 7 DE ENERO DE 1880.



*Invenērunt puerum cum Maria matre eius,
et procidentes adoraverunt eum.*

Encontraron al niño con María su madre, y
postrándose lo adoraron.

Matth. II. 11.

CUÁN bellas, cuán augustas son las ceremonias á que, según su costumbre, nos convida estos días la *Piadosa Sociedad de las misiones!* No contenta con celebrar en una lengua, ó en un rito, las glorias del Señor en su manifestación á los gentiles, nos invita á ofrecer el Incruento Sacrificio conforme á todas las liturgias de Oriente y Occidente, y á alabar al Dios recién nacido en todos los idiomas de Europa. Así es, Señores, que ayer pudisteis contemplar ante el ara sacrosanta á los fervientes sacerdotes de esa raza privilegiada, habitadora del Líbano, que ha conservado intac-

ta su fé en medio de las persecuciones del musulmán y del abandono del europeo. Mañana veréis las venerables figuras y vistosos trajes patriarcales de los caldeos. Después escucharéis el dulce idioma del Crisóstomo y el magno Basilio, al inmolarse el Cordero sin mancha; y herirá vuestros ojos el fasto de la Iglesia griega, que os hará suspirar más y más por la unión final, iniciada con éxito tan feliz en el Concilio de Florencia. Más tarde resonará en vuestros oídos el extraño canto del armenio en graciosa combinación con el frecuente clamor de las campanas, y el tañido incesante del nunca quieto incensario.

Entretanto, las augustas bóvedas de este templo repetían ayer el eco robusto de una voz apostólica, que se dirigía con vehemencia á la noble nación alemana. Mañana un ilustre hermano de aquellos hijos del gran Ignacio, inmolados en época infausta por la protestante Inglaterra, predicará en la misma lengua que ellos predicaron, las mismas doctrinas que á ellos condujeron al patíbulo. Luego seréis más de una vez admiradores de esa ardiente elocuencia que caracteriza á los hijos de la cristianísima Francia; y podréis también contemplar al pié de esta cátedra á los hijos de la desgraciada Polonia y de la ilustre Bohemia, oyendo la palabra de Dios en su lengua materna.

Hoy, por último, después de haber presenciado las bellas ceremonias que prescribe el rito greco-melquita, me toca pregonar las grandezas del Salvador del género humano, en esa lengua sonora, que según el conocido dicho del grande Emperador, es entre todas las modernas la más á propósito para dirigir nuestras preces á la

Divinidad. Cumplamos, pues, con nuestra dulce tarea. Alabemos á Dios en ese idioma inseparable de la predicación evangélica; en ese idioma en que fué anunciada á todo un mundo la doctrina de Jesucristo; en ese idioma que es hoy día la lengua materna del mayor número de católicos.

No es grande, Señores, ni puede serlo á tanta distancia de nuestro suelo natal, el concurso que miro en derredor; pero ¡cuán bien representadas se encuentran las naciones llamadas por Dios y por España al conocimiento de la Ley de Gracia! Al lado de los hijos de la madre patria, observo á no pocos nacidos en el Nuevo Continente, y aun me parece divisar á alguno venido de las remotas islas asiáticas, evangelizadas por discípulos ó compatriotas de Francisco Javier. Aunque separados por inmensos mares, ó por territorios más difíciles de cruzar que el Océano, aunque morando respectivamente en las distantes antípodas, todos aprendimos á alabar á Dios en el mismo idioma castellano; todos bebimos con la leche de nuestras madres la Fé y las tradiciones de la antigua católica España; á todos nos enseñaron desde la infancia á mirar como parte esencial de nuestro sér, esa Religión sacrosanta, que á despecho de los esfuerzos del Infierno, formará la gloria más pura de todo aquel en cuyas venas circule una gota de sangre española.

Fieles guardadores del sagrado depósito que por primera vez nos confiara el Apóstol Santiago, testimonio viviente de esa constancia en conservar la Fé que ha distinguido á nuestra raza, ¿quién con más derecho que nosotros puede hoy acompañar á Belén á los Reyes Magos, á las primicias de los gentiles? ¿Quién mejor que nos-

otros puede con ellos postrarse ante el recién nacido Salvador, y decirle con santo orgullo: esa Fé que hoy por primera vez infundiste á las naciones, la hemos conservado incólume á través de los siglos?

En verdad, Señores, que con sólo miraros, quedo sobrecogido de estupor al ver los milagros de la gracia divina. Vuestra presencia sola está demostrando el cumplimiento de aquella profecía, que habría parecido una quimera á los que vieron al niño reclinado en el humilde pesebre. Dominará de un mar al otro mar, y desde el río hasta el extremo del mundo; había dicho el Rey Profeta: (Ps. LXXI, 8.) *Dominabitur a mari usque ad mare et a flumine usque ad terminos orbis terrarum.* Su dominación se ha extendido, como él lo había predicho; su reinado ha llegado á comprender el Orbe entero. ¡Y de qué manera, gran Dios! No ha sido una conquista efímera, no ha sido el suyo triunfo de una hora, ni imperio de un día. Ha fundado su reino en los corazones españoles este conquistador pacífico, de tal suerte y con tal firmeza, que nada ha sido capaz de conmoverlo.

Venid, pues, os diré con el Salmista, venid y adoremos postrados al Dios que se ha dignado manifestarse á los gentiles. *Venite adoremus et procidamus ante Deum.* Ya sea que os haya visto nacer la patria de Teresa de Jesús é Ignacio de Loyola; ya vengáis de la remota Patagonia, de las ardientes Antillas, ó de las lejanas Filipinas; ya moréis del otro lado del Ecuador, ó en el hemisferio boreal, venid, cuantos habláis el idioma español, y mostrad vuestro reconocimiento al Dador de todo bien, porque os ha concedido el dón de la fé y la gracia de conservarla. Venid á ofrecer vuestros presentes

en union de aquellas santos reyes Orientales y progenitores nuestros en la Fé.

Pero, ¡ah! no olvidéis que en vano se busca al Rey de los cielos en dorados alcázares y suntuosos palacios; no os aterre, ni disminuya vuestra fé, ni entibie vuestra esperanza, el hallar á Jesús, ahora lo mismo que hace diez y ocho siglos, en un establo despreciable, en un pesebre humilde, y entre pajas miserables. Tal como lo hallaron los Reyes Magos en Belén, tal lo han encontrado y encontrarán siempre los creyentes en la Iglesia católica: sobre esto disertaré brevemente en el primer punto de mi discurso.

El ver á Jesús humillado, desconocido, olvidado del mundo, lejos de amedrentarnos debe avivar nuestra fé; y á semejanza de los Magos, con la misma prudencia, con igual fortaleza, con idéntica constancia, debemos adorarle hundiendo nuestra frente en el polvo, ofreciéndole con liberalidad nuestros dones, y haciendo que el pesebre se trueque en trono para el Dios humanado. A ello procuraré exhortaros en el segundo punto.

Escuchad, Señores, con cristiana indulgencia mis humildes palabras, é implorad conmigo la intercesión de la Virgen Madre.

Ave María.

I

Los Santos Padres no sólo ven en la Iglesia á la Esposa de Jesucristo, sino que la consideran como su propio cuerpo y alma, como la Encarnación perpetuada maravillosamente después de la muerte del Redentor.

La Iglesia entera (dice entre otros San Atanasio) constituye su santísima Humanidad: *Humanitas ejus est universa Ecclesia*. No es, pues, extraño que observemos en ella continuamente las mismas vicisitudes, los mismos fenómenos que en la vida del Salvador. Es natural que los hombres la persigan como á él lo persiguieron, que apenas la ensalzan tornan á humillarla, que sus hijos mismos de cuando en cuando le vuelvan las espaldas y afecten desconocerla, como á Jesús los Betlemitas.

Hay, empero una diferencia: Jesucristo venía por pocos años á la tierra, y sólo una vez se verificaron los augustos misterios de la Epifanía y la huida á Egipto, de la vida oculta en Nazaret y la Transfiguración en el Tabor, de la muerte en el Calvario y de la triunfante Resurrección. No así en la Iglesia, destinada á durar hasta la consumación de los siglos. Esta nueva Humanidad del Verbo divino se ve mil y mil veces crucificada, tiene con frecuencia sus triunfos, torna periódicamente al establo, resplandece en el Tabor en presencia de cada ge-

neración. Vosotros, Señores, que habitáis en esta Eterna Ciudad, habéis sido testigos de sus vicisitudes. ¡Ah! No habéis de cierto olvidado esa Transfiguración gloriosa que hace veinticinco años fuisteis, como los tres favoritos Apóstoles, convidados á presenciar. ¿Qué pecho no palpité de regocijo al oír al inmortal Pontífice Pío IX proclamar el dogma, para nosotros tan grato, de la Inmaculada Concepción de María? ¿Quién podrá olvidar las dulces emociones, que no hace aún dos lustros, tornamos á experimentar bajo las augustas bóvedas de San Pedro, al pregonarse por el Concilio Ecuménico Vaticano la infalibilidad Pontificia? Pero ¡ay! todos los triunfos en este mundo, aun los de la Iglesia, son pasajeros y muy presto se truecan en llanto. En vano entonces exclamamos una y otra vez como Pedro: *Bonum est nos hic esse*. En vano dijimos: Es tiempo, Señor, que descanse tu afligida Esposa que adquiriste nada menos que con tu preciosísima sangre; ha llegado la hora en que hagas de tus enemigos el humilde escabel de tu planta victoriosa; cesen ya los padecimientos, empiece el reinado de la Justicia, quedémonos aquí; no se disipe este rayo de gloria que tras tantas borrascas ha venido á alumbrarnos; *Domine bonum est nos hic esse*.

Vanas, en verdad, fueron nuestras plegarias; y el que hoy venga desde remotas tierras á buscar á Jesucristo en la Capital del mundo católico, se encontrará más perplejo que los Magos, cuando, perdida de vista la milagrosa estrella, penetraron en Jerusalén. Entrad, Señores, en la sacrosanta Basílica Vaticana. ¿No os infunden pavor esas bóvedas silenciosas, esas naves desiertas, ese altar abandonado, que aguarda en vano á que en él ofrez-

ca el Sacrificio aquél á quien únicamente está reservada esa ara singular? ¿No os parece que hasta las lámparas, que aún no se apagan sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, arrojan en torno siniestro resplandor? ¿Por qué ya no se escuchan aquellos cánticos de alegría que hacían resonar el gigantesco edificio? ¿Por qué ha cesado el eco de aquellas trompetas sagradas, que más sonoras que las de los antiguos Levitas, anunciaban la presencia del más augusto personaje del Orbe? ¿Dónde está aquel Senado, más venerable mil veces que el de la antigua Roma, cuya púrpura ofuscaba la de los monarcas más poderosos? ¿Dónde, dónde está, sobre todo, el Jefe de la Iglesia, dónde, que ya no viene á cantar sus victorias sobre la tumba glorificada de su primer antecesor?

¡Ah! En vano lo buscaréis en aquel templo mil veces sagrado. En vano saldréis á preguntar por él en las calles de la moderna Roma. ¡Con qué placer miraba no há mucho el católico pasar en dorada carroza, llevado en triunfo por lo más lucido del Orbe y aclamado por sus amantes hijos, al sucesor de aquél que por las mismas plazas y por los mismos lugares había sido arrastrado á ignominioso patíbulo! Sólo quedan de estas glorias los recuerdos y las esperanzas; y al hablar de ellos nos tiembla la voz, y parece que también á nosotros se nos ha dado la orden que á los tres discípulos del Tabor: *No habléis de triunfos hasta el día de la victoria final; no soñéis en goces cuando es tiempo sólo de padecer y de sufrir. Nemini dixeritis visionem donec Filius Hominis a mortuis resurgat.* (MATTH. XVI, 9.)

Buscad, buscad al Señor en los insignes monumentos

de la antigua Reina del universo: tampoco allí lo encontraréis. Cuando el cristiano se paraba en el centro del Anfiteatro Flavio, y contemplaba aquellos arcos que el tiempo ha respetado; cuando poblaba en su imaginación aquel glorioso recinto, y veía entre sueños á los Emperadores y á las vestales, á los bárbaros paganos sedientos de sangre, y á los mártires próximos á ser devorados por las fieras; cuando se le figuraba escuchar los gritos de los encarnizados espectadores, confundiendo con los cánticos del confesor de la Fé, ó con el crujir del acero del gladiador; ¿quién podrá describir la emoción tan sublime y dulcísima que de él se apoderaba, al salir de su sueño, y ver la cruz plantada donde antes había triunfado el paganismo?

¡Cuántas veces, Señores, experimentasteis vosotros estas sensaciones indescribibles! ¡Cuántas veces clamamos en aquella arena sagrada: “Épocas de persecución, de barbarie, de impiedad y de escándalos, de prostitución y de vicios, jamás tornaréis! El gentilismo ha sido vencido; el Demonio ha vuelto á sus tenebrosos antros; el Señor ha establecido su glorioso reinado: *Dominus regnavit.* (Ps. XCII.)

“Leyes funestas que declarabais crimen de alta traición el adorar al verdadero Dios; que permitiendo los más abominables desórdenes, sólo prohibíais las pacíficas demostraciones del culto cristiano; que dando cabida en los templos á las creaciones más monstruosas de los extraviados gentiles, proscribíais únicamente al Salvador del género humano; leyes inicuas, jamás os veréis reproducidas. La equidad será de hoy más señora del mundo; la justicia, basada en los principios inmutables del cris-